

Crear en el pueblo desde el desacuerdo

Luis Ovando Hernandez, s.j.
José Virtuoso, s.j.



a mayoría de los venezolanos, especialmente los sectores D y E de la población, ha escogido el camino propuesto por Hugo Chávez como la alternativa más adecuada a las circunstancias históricas del país para construir un proceso de cambios que responda efectivamente a sus exigencias y aspiraciones. Los triunfos electorales que Chávez y su movimiento se han anotado –no entramos aquí a analizar las condiciones en que éstos se dieron, pero sí estamos convencidos de que representan la voluntad popular mayoritaria– nos dicen que el pueblo ha aceptado recorrer, parece haber aceptado recorrer, el rumbo que Hugo Chávez Frías le ha señalado.

Esta realidad ha supuesto desconcierto y frustración para un importante grupo de personas que desde hace muchos años ha veni-

do proponiendo con su práctica y su discurso que el país no tiene salida si no se considera a los pobres como sujeto histórico de los procesos de cambio, lo que implica la creación de un entorno institucional de crecimiento económico y de participación democrática que favorezca el fortalecimiento de las capacidades de las mayorías y el despliegue de sus posibilidades. Para responder a este objetivo muchos de los que así piensan han tenido que sufrir un auténtico proceso de conversión, sometiendo sus visiones e imaginarios sociales a la autocrítica que exige el contexto histórico y la propia autoevaluación.

Nos referimos especialmente a tres grupos. En primer lugar, a los que desde su identidad cristiana fueron capaces de asumir los postulados de las Conferencias episcopales de Medellín (1968) y Puebla (1979) y que, a la luz de los nuevos retos y exigencias, se plantean no cómo repetir aquellos postulados sino cómo hacer hoy lo equivalente. Otro subconjunto lo constituye lo que Teodoro Petkoff llama “la nueva izquierda”, esa gente con un caudal de capacidades e ideales que tuvo la valentía de llevar la autocrítica hasta sus últimas consecuencias y que encontró y ofreció nuevos modelos de cambio, manteniendo sus convicciones ideológicas más definitivas. Finalmente nos referimos a todos aquellos que en la década de los 90 entendieron que asistíamos a un cambio epocal caracterizado por la globalización y la competencia y que toda propuesta pasa “no por una alternativa a la globalización, sino por una globalización alternativa”.

El diagnóstico del país que se plantean los grupos señalados es que la dirigencia política está conduciendo al pueblo por una senda equivocada, que se vende como un atajo para alcanzar rápidamente el paraíso y que conducirá definitivamente a un nuevo fracaso histórico, quizás más grave que todos los que anteriormente hemos sufrido como nación. Sin embargo, este es el camino que el pueblo parece haber escogido y lo mínimo que se impone es respetar su decisión y saberlo acompañar.

Lo anterior es duro de digerir social y personalmente. En muchos la frustración ha hecho morada y contemplan con dolor cómo puede la gente optar por el despeñadero. Ante la ausencia de liderazgos y de propuestas alternativas de largo alcance han optado por marginarse o retrotraerse. Otros se han decidido por seguir acompañando al pueblo de modo pasivo, no resignado sino contemplativamente, en silencio solidario. Y otros, al igual que los anteriores, no le han quitado su respaldo al pueblo pero conservan de cara a la realidad una actitud más propositiva: acompañan y se dejan acompañar sin abandonar sus análisis y práctica honestos; saben que aún falta mucho para llegar a la meta, pero tienen puesta su esperanza en que el cambio a partir del pueblo es posible.

Las reflexiones que proponemos a continuación las exponemos desde quienes como cristianos queremos compartir nuestra fe en la gente, en este pueblo que busca con ansia salidas reales a sus problemas, respetando además profundamente sus opciones y buscando sobre todo responder a la solidaridad que brota del mandamiento cristiano del amor preferencial a los más pobres.

Desde la fe en el Dios Liberador

Para los cristianos nuestro futuro es el Dios de Jesús: él ha optado desde siempre por la humanidad y la historia tal cual son. Dios no ama ni fantasmas ni espejismos, sino gente de carne y hueso, graciosa y mezquina al mismo tiempo, capaz de alimentar en el presente una historia de pecado y poner a dieta el tiempo de la gracia, o bien todo lo contrario.

Ahora bien, la decisión de Dios de colocarnos en lo más íntimo de su ser y de echar suerte con nosotros no se limita a una aceptación pasiva por parte de él de nuestra lábil condición, historia incluida. Para el Dios liberador, los hombres y mujeres tenemos futuro porque nos ve "realmente" como seremos en el presente si continuamos por la senda que nos ha indicado. La historia no está cerrada definitivamente sobre sí misma sino que puede dar más de sí: esta realidad es ocasión para que Dios nos salga al encuentro con su futuro que dialoga con nuestro presente y lo libere para que sea un presente de salvación, para que potencie todo lo que nos humaniza, para que renazca nuestra esperanza en él y en los demás. Dios nos está invitando a recorrer el sendero de la apropiación social y política del rol que nos toca vivir.

Moisés, el hombre del diálogo permanente

Los ejemplos de vida son la manera más concreta que tenemos los seres humanos de aproximarnos a la realidad. En tal sentido, la vida de Moisés es paradigmática para nosotros porque refleja perfectamente lo complejo y contradictorio que es el maridaje entre utopía y realidad, entre fe en Dios y en los hombres y la historia que cada día pareciera socavar más los comien-



tos de esta fe. Del ejemplo de Moisés queremos resaltar una serie de rasgos que consideramos válidos hoy día.

- Una vez aceptada la invitación divina a participar en la liberación del pueblo de la esclavitud a que lo había sometido Egipto, Moisés tiene que dialogar constantemente tanto con Israel y sus dirigentes como con Faraón, buscando en todo momento cumplir la voluntad de Dios con la cual coincide. Moisés debe afrontar no pocas dificultades por el hecho de encontrarse entre un "pueblo de dura cerviz" (Éx 32,9) y un dirigente "duro de corazón" (Cf. Éx 8,11).

Para que el futuro de libertad sea un bien permanente para Israel, que le permita desarrollarse plenamente, Dios ha escogido el camino más largo, el desierto. Todo atajo —o el camino más fácil— tiene el riesgo de extraviar al pueblo despersonalizándolo, desvirtuar sus motivaciones, y lo más probable es que no lo conduzca a su destino final.

Faraón e Israel coinciden en su miedo al desierto: el primero teme perder el poder y consiguientemente empeore la situación tan favorable en que se encuentra; el segundo teme a la libertad porque intuye que deberá pagar un caro precio por ella y, después de todo, ser esclavo de Egipto no es tan malo (Éx 14,11-12).

La tozudez de Faraón y el miedo de Israel ceden a los prodigios que acompañan a Moisés. La apropiación de la libertad tiene que ver con lo que reza la sabiduría popular: “el río se cruza por donde están las piedras”. Estos prodigios no cambian la situación de un sólo brochazo, sino que responden a los distintos momentos históricos que viven todos los involucrados de esta historia. Dios –con el concurso de Moisés– tiene que construir los signos históricos que respondan a las necesidades que le salen al paso y asegurar así el futuro soñado para el pueblo: “Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha”, es su mensaje (Éx 14,15). Él los acompañará día y noche, como una columna de nube que guía, como una columna de fuego que alumbra. Dios libera, pero también sostiene. En esta etapa, el mensaje es claro: “No teman, estén firmes, y verán la salvación que Yahvé les otorgará en este día” (Éx 14,13).

- Salir de Egipto no basta para Israel. Es necesario atravesar el desierto, hacerse con un nuevo modo de concebir la vida y la historia, apropiarse del papel que debe representar como pueblo: la dura “pedagogía” del desierto quiere enseñarle al pueblo y a Moisés un par de lecciones. En primer lugar, es imprescindible darse cuenta que Egipto no es una opción de vida válida para Israel, independientemente de sus ollas de carne y pan en abundancia (Éx 16,3), porque es alimento de esclavos que busca mantener un orden social injusto. En segundo lugar, Israel debe superar las tentaciones propias del que se pone a andar, y asimilar aquellos bienes que le permitirán llegar a buen puerto.

Moisés por su parte debe aprender la cruda lección del significado de acompañar y hacer el camino junto con Israel. El desierto es crisol para sus motivaciones y per-

cepciones porque no da cabida a romanticismos, siempre presentes, sino que lo coloca ante el lado oscuro de la realidad (“Poco falta para que me apedreen”, dirá Éx 17,4). Moisés debe aprender a no perder la esperanza, a saber recoger los frutos de cada etapa vivida, así como los momentos de encuentro, de afecto, que le permitan ser más ponderado (Éx 18,8). En su “síntesis” hecha en pleno desierto no hay rencor ni amargura, sino un profundo respeto para con la gente y una mayor confianza para con Dios. Por último, Moisés, que había asumido sobre sus hombros todo el peso de la conducción del pueblo de Israel, debe aprender a dar paso a la institucionalidad si quiere culminar exitosamente cuanto el Señor le ha encomendado (Éx 18,14-23). Estas lecciones son para toda la vida.

- Toda institucionalidad pasa por el pacto entre las partes que se reconocen mutuamente. Ya en el Sinaí, Yahvé hace acto de presencia en medio del pueblo para establecer su alianza con él. La alianza entre Dios y el pueblo es necesaria porque la apropiación de la tierra que Dios ha prometido a Israel es procesual (Éx 23,30).

Que el pueblo goce de mayor estabilidad no implica que sea inmune a toda desviación (“este pueblo es inclinado al mal”, dice Aarón en Éx 32,22). Y es presa fácil de la impaciencia. Recomponer los entuertos implicará el llamado a la paciencia, al diálogo y la apertura a nuevos horizontes. A pesar de los “golpes de timón”, que los hubo, Moisés no pierde jamás la esperanza en el pueblo: “dígnese mi Señor venir en medio de nosotros, aunque sea un pueblo de dura cerviz; perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y recíbenos por herencia tuya” (Éx 34,9). Dios está dispuesto a continuar junto con Moisés la obra iniciada, y emprender

siempre de nuevo el camino. La “tierra prometida” está en el futuro. Se trata de hacerla presente.

Lo que sigue a continuación estará marcado por el encuentro y el diálogo que hacen cada vez más sólidas las relaciones. El libro del Éxodo nos habla de las transformaciones incluso físicas que se operaban en Moisés cada vez que se encontraba con Dios. Nosotros hacemos nuestro este punto: Moisés se ha “convertido”, se ha hecho más dialogante con la realidad, con la historia, con el pueblo, con Dios. Moisés ha aprendido a que la realidad le habla y le exige una respuesta; él acepta toda realidad adversa, pero no se resigna, sino que es capaz de mantener sanamente la tensión siempre presente entre utopía y realidad. Ha aprendido a acompañar y a dejarse acompañar por los demás.

Nuestra tarea

Moisés se nos ha mostrado, pues, como aquel capaz de construir unos signos que favorecen las condiciones históricas de encuentro, interlocución y alianza. Es aquel que ha entendido que el trabajo con la gente es para toda la vida, en una actitud de permanente apertura que le permita darle espacio al horizonte y entre en diálogo con la realidad, incluso en su más cruda concreción. Esta tarea está pendiente para muchos que queremos echar nuestra suerte con el pueblo. Si queremos ser consecuentes con esta opción nos toca desde una profunda comunión con nuestra gente saber acompañar su camino, hacer nuestro aporte con humildad, dialogar para comprender y hacerse comprender; con la conciencia de que somos llamados a un futuro mayor que será siempre una construcción que transcende el punto de vista aislado de sus protagonistas.